

tos históricos de desarrollo e influencia desigual. Por otra, algunas tesis formuladas siglos atrás por los grandes maestros de la Ilustración o del romanticismo decimonónico han sido replanteadas sin prejuicios clasicistas: en la esfera artística, literaria y religiosa, por ejemplo, las transformaciones del siglo III, que siempre fueron destacadas como testimonio de la decadencia cultural, se valoran ahora como el nuevo lenguaje de una sociedad transformada, pero tan clásica como la del siglo II. Sin pretender ser exhaustivos, éstas son en mi opinión algunas de las líneas más innovadoras de la investigación reciente sobre este período:

1.- En la esfera socioeconómica e institucional (ámbitos que el mundo clásico no diferenciaba³⁰), cabe destacar los estudios sobre la economía monetaria y la inflación, temas que habían sido ignorados en los trabajos de los primeros decenios de este siglo. La obra pionera de Mickwitz intentó ya probar que las reformas monetarias de Diocleciano y Constantino, sobre todo el *solidus* áureo, sirvieron para impulsar los cambios y la economía privada del Bajo Imperio, cuestionándose así el estancamiento y el dirigismo estatal que han atribuido a esta época historiadores de inspiración teórica muy diversa, desde el modernista Meyer al filomarxista Walbank³¹. Prosiguiendo las ideas de Weber sobre el fisco romano como *oikos*, Mickwitz defendió además la existencia de un sistema económico bipolar en la Roma tardía: ante la inflación reinante, la burocracia y el ejército recurrían a una economía natural y exigían que los pagos se hiciesen en especie, mientras que los contribuyentes veían más ventajoso hacerlo en moneda devaluada tal y como refleja el pasaje de la Historia Augusta sobre la *adaeratio*³². La consiguiente lucha social entre la burocracia imperial y los contribuyentes (*collatores* y *possessores*), resuelta definitivamente a favor de éstos, sería para Mickwitz la causa principal de la desintegración del Estado romano. Como es sabido, en fechas posteriores Mazarino volvió sobre esta problemática haciendo importantes matizaciones a la visión liberal del historiador finlandés y concluyendo con una tesis opuesta en el plano social: para Mazarino, en efecto, ninguna contradicción relevante enfrentó a la burocracia y a los terratenientes, sino que, por el contrario, ambos grupos formaron una alianza clasista frente a las clases trabajadoras³³.

³⁰ Cf. a este respecto las precisiones de S. Mazarino contra B. Croce en la citada *Storia romana e storiografia moderna*, 69 ss.

³¹ MICKWITZ G., *Geld und Wirtschaft im römischen Reich des vierten Jahrhunderts*, 1932; MEYER E., "La evolución económica de la Antigüedad", en *El historiador y la historia antigua*, México 1983, 65-135 (original alemán de 1895); WALBANK F.W., *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio romano en Occidente*, Madrid 1978, 91 ss.

³² Vit. Caludii, XIV.14: "nada debe abonarse en dinero, y si en algún sitio falta algo, no debe suministrarse ni tampoco pagarse en dinero", ordena el emperador Valeriano al gobernador de Siria. Cf. WEBER M., "La decadencia de la cultura antigua. Sus causas sociales", en BLOCH M. y otros, *La transición del esclavismo al feudalismo*, Madrid 1975, 35-57.

³³ ; MAZZARINO S., *Aspetti sociali del quarto secolo. Ricerche di storia tardo-romana*, Roma 1951, 47-71 y 137-217; IDEM, *L'Impero romano II*, Roma-Bari 1980, 495 ss. 673 ss. IDEM, *El fin del mundo antiguo*, 160 ss. IDEM, "¿Se puede hablar de revolución social al fin del mundo antiguo?", en BLOCH M. y otros, *La transición del esclavismo al feudalismo*, 131 ss. Cf. además STAERMAN, "Programmes politiques à l'époque de la crise du III siècle", CHM 4,2 (1958), 310-329 y los trabajos teóricos de inspiración marxista recogidos en PETIT P. y otros, *El modo de producción esclavista*, Madrid 1978.

Los estudios numismáticos no han resuelto, sin embargo, interrogantes fundamentales del siglo III. La fortísima depreciación de la ley monetaria a mediados de este siglo, cuando algunas monedas de plata llegan a contener apenas un 1% de este metal; la emisión de nuevos tipos y valores, como el *antoninianus* y el *aurelianus*; la recuperación de la confianza en la moneda de bronce o la citada reforma constantiniana prueban los profundos desajustes económicos de la época, pero no así sus consecuencias sociales y económicas concretas. No estamos seguros de que sea correcto hablar de inflación ni tampoco podemos explicar por qué la depreciación del numerario no siempre repercutió en los precios. En consecuencia, es tema sujeto a debate si los trastornos monetarios afectaron por igual a todos los sectores sociales o acaso golpearon particularmente, como afirman algunos historiadores, a las clases más dinámicas de las ciudades (artesanos, comerciantes, profesionales...) sin que apenas se viesen afectados los altos funcionarios y militares (retribuidos al menos parcialmente en especie o en monedas de oro) ni tampoco los sectores sociales más humildes (cuya economía se basaba prioritariamente en la moneda de bronce). En todo caso, debe tenerse en cuenta que la moneda antigua no era fiduciaria y que su función en una economía de base agraria como la romana era relativamente poco importante³⁴.

Es, sin embargo, indudable que a lo largo de este siglo el Imperio sufre una profunda reestructuración social, residiendo precisamente aquí, según creo, el cambio más trascendental de esta época. Fenómeno perceptible en sus líneas generales, su propia complejidad y la variedad territorial del Imperio exigen estudios monográficos (locales y de períodos concretos) que realcen los matices de su naturaleza y evolución. El factor desencadenante del proceso, como ya apreció Weber, pudo ser la notable disminución de esclavos y su sustitución por colonos, con el consiguiente declive de la economía mercantil en beneficio de la producción autárquica local desde fines del siglo II. El hecho de que los esclavos no fuesen ya simple botín de guerra sino trabajadores domésticos, que a menudo nacen, se reproducen y mueren en la casa del propietario, hizo aún más reducidos los márgenes de beneficio obtenidos por su explotación. Quizá por ello las clases dominantes compensaron esta pérdida acentuando la explotación de otros sectores sociales, como los jornaleros, colonos y pequeños propietarios. Los grupos más débiles de las antiguas oligarquías municipales pierden su status privilegiado y algunos curiales engrosan las filas de los *humiliores*, calificación genérica de los sectores sociales dominados por la minoría de los *potentiores* (burócratas, clérigos y terratenientes). Las necesidades fiscales y militares del Estado, incrementadas en estos decenios de guerras continuas, recaerán precisamente sobre estos grupos de marginados agravando aún más su situación, mientras que los más poderosos procu-

³⁴ Cf. BOLIN S., *State and Currency in the Roman Empire to 300 A.D.*, Upsala 1958, 248 ss. CALLU J.-P., *La politique monétaire des empereurs romains de 238 à 311*, Paris 1969, 292 ss. IDEM, "Approches numismatiques de l'histoire du IIIe siècle (238 à 311)", ANRW II,2 (1975), 594-613; MAZZA M., Op. cit. 273 ss. CRAWFORD M.H., "Finances, coinage and money from the Severans to Constantine", ANRW II,2 (1975), 560-593; DE MARTINO F., *Historia económica de la Roma antigua*, Madrid 1985, vol. II, 453 ss. 465, 502; CAVADA NIETO M., *La crisis económico-monetary del s.III: ¿un mito historiográfico?*, Santiago 1994 (sobre dos tesorillos de la provincia de Lugo).

ran eludir sus obligaciones políticas y fiscales, conformando en Occidente centros de poder autónomo y de tipo feudal. El proceso no fue lineal. La recuperación económica, la paz con el exterior o la política decidida de un emperador autoritario suponía lógicamente un retorno más o menos prolongado al régimen del Principado, a la recuperación del protagonismo municipal e incluso a la represión y control de los sectores privilegiados más díscolos. Esta es la realidad que define al siglo IV, época de aparente estancamiento social -con profesiones hereditarias y colonos adscritos a la tierra-, pero también de espectacular movilidad gracias al beneficio imperial o a las perspectivas nuevas de la carrera eclesiástica³⁵.

Las transformaciones sociales tuvieron, pues, una motivación económica, pero su expresión más visible fue de carácter cívico por afectar a las curias municipales que habían sido el pilar clave del Imperio. Por esta razón, la crisis urbana del siglo III no es un fenómeno esencialmente arqueológico sino político, constatable sobre todo a través de la epigrafía. Es la crisis del sector decurional, el ordo que animó la vida municipal del Imperio y su economía de base esclavista y mercantil. La epigrafía altoimperial es pródiga en testimonios de su beneficiencia ciudadana, de sus dispendios evergéticos y de sus carreras políticas. Cuando se quiebran los fundamentos de este ordo -la economía esclavista y mercantil- y el poder central es incapaz de protegerlo frente a las tendencias autárquicas de los potentes terratenientes, muchos de sus componentes pasan a engrosar las filas de los *humiliores*, otros son obligados a sostener las cargas municipales (*obnoxii curiae*) y otros, los más privilegiados (*possessores, principales, exactores*), asimilados de hecho a los *potentiores*, se sirven de sus atribuciones fiscales para aumentar su riqueza y poder, expoliando aún más al pueblo. La vida municipal ha cambiado de significado para todos. Nadie se interesa ya por ocupar cargos públicos y son muy pocos quienes pueden y quieren sufragar las tradicionales actividades evergéticas del *cursus honorum*. Nada prueba mejor estos cambios sociopolíticos que el descenso radical de los epígrafes de las oligarquías municipales a mediados del siglo III. Pero, una vez más, la generalización teórica debe dar paso a estudios concretos, acotados en el tiempo y en el espacio, pues sólo así entenderemos por qué los curiales y magistrados locales, que ahora están soportando el peso de las transformaciones socioeconómicas en casi todo el Imperio, aparecen en momentos y provincias determinadas, incluso durante el siglo IV, como un sector poderoso, temido y odiado por la población más humilde³⁶. Aunque fuese indirectamente, todo ello propició la renovación de la clase senatorial, que ahora se nutre de los elementos más ambiciosos de la aristocracia provincial, de la Corte, de la Iglesia y del ejército. El orden senatorial se hizo así tan heterogéneo como ya lo eran las Curias locales, de

³⁵ HOPKINS, M.K. "Social mobility in the Later Roman Empire: the Evidence of Ausonius". *CIQ* 11 (1961), 239-49; MACMULLEN R., "Social mobility and the Theodosian Code", *JRS* 1964, 49-53; JONES A.H.M., *The Later Roman Empire*, 3 vols. Oxford 1964, esp. vol. II, 105 ss.

³⁶ LEPELLEY C., "Tot curiales, tot tyranni. L'image du décurion oppresseur au Bas-Empire", *Crisis et redressement*, 143-56; GARNSEY P., "Aspects of the decline of the urban aristocracy in the Empire", *ANRW* II,1 (1974), 229-52; MILLAR F., "Empire and city. Augustus to Julian: Obligations, Excuses and Status", *JRS* 73 (1983), 76-96; STE CROIX G.E.M. de, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona 1988, 542-52.

modo que sólo en contados lugares, Roma en particular, mantuvo intacto el orgullo de su rancio abolengo y la fidelidad a sus tradiciones³⁷.

El siglo III da un nuevo perfil a las instituciones más importantes del Estado: el ejército, el emperador y la corte. La historiografía ilustrada y romántica, como ya vimos, se percató bien de ello. Desde Mario, el ejército romano acentuó su carácter permanente y profesional, abriendo sus filas a los desheredados primero y luego a los propios bárbaros. Desde el siglo II la conscripción es local y con los Severos se legaliza el matrimonio de los soldados. El limes se defenderá, pues, con gentes que habitan aquellas regiones, trabajan sus tierras y, tras su licenciamiento, son reemplazados por sus propios hijos. Gran parte de los contingentes son bárbaros, que usan sus propias armas y tácticas, y que defienden el Imperio a cambio de tierras: la economía natural, diría Weber, aplicada a la milicia. En otras palabras, el ejército se barbariza y se civiliza a un mismo tiempo. Paralelamente, la sociedad civil tiene que organizar con frecuencia su propia defensa y sus instituciones sociopolíticas sirven frecuentemente a este fin: en este sentido, como señaló MacMullen, la vida civil y militar tienden realmente a confluir³⁸. En lo que afecta a la Corte, el siglo III contempla el fin de Roma como capital única, la renovación de la *nobilitas* y la dignificación orientalizante y sacrosanta del emperador como *deus et dominus*. El poder se distancia ceremonialmente de sus súbditos en la misma medida que intensifica su explotación en beneficio de los *potentiores*. Es, pues, absolutamente impensable una alianza imperial con el campesinado, como afirmaba Rostovtzeff. Por el contrario, lo que realmente se produjo con Diocleciano y Constantino fue una intensificación de las formas de explotación materializada en el colonato, el nuevo sistema de impuestos (más eficaz y opresivo) y las levas obligatorias para servir en el ejército. En palabras de Ste Croix, "estos rasgos eran los que *requerían* un mayor aumento de la autoridad y del prestigio del emperador, para reforzar el dominio cada vez mayor que tenía la clase dirigente"³⁹. Estamos, pues, ante una transformación de gran alcance social y político, que desvela el papel decisivo de la milicia en las estructuras del Imperio. Augusto había sustentado el ejército del Principado en una reforma financiera (*vicesima hereditatium* y *centesima rerum venalium*) que afectó sobre todo a las clases superiores, y durante el Alto Imperio, cuando las victorias y el botín militar equilibran todavía los costos bélicos, este ejército se mantiene como una institución fiscalmente no opresiva para la ciudada-

³⁷ JONES A.H.M., "El trasfondo social de la lucha entre el paganismo y el cristianismo", en MOMIGLIANO A. (Ed.), *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Madrid 1989, 31 ss; BARNES T.D., "Who were the Nobility of the Roman Empire?", *Phoenix* 28 (1974), 444-49; JACQUES F., "L'ordine senatorio attraverso la crisi del III secolo", en *Società romana e impero tardoantico*, I. Istituzioni, ete, economie, Roma 1986, 81-225; UBIÑA J.F., "Aristocracia provincial y Cristianismo en la Bética del s.IV", en C.GONZALEZ (ed.), *La Bética en su problemática histórica*, Granada 1991, pp. 31-62.

³⁸ MACMULLEN R., *Soldier and civilian in the later Roman empire*, Harvard U.P. 1963, 152 ss.

³⁹ STE CROIX G.E.M., *op.cit.*, 436. Cf. en el mismo sentido DE MARTINO F., *op.cit.*, 483 ss. Sobre las atribuciones imperiales de esta época. MILLAR F., *The Emperor in the Roman World (31 B.C.- A.D.337)*, Londres 1977, 203 ss.

nía. Los problemas del siglo III trastocaron este difícil equilibrio socioeconómico: aumentan los gastos militares y disminuyen sus contraprestaciones, pero las ineludibles reformas militares y financieras no serán ahora sufragadas por los ricos sino por los pobres, sea directamente -mediante impuestos o levadas obligatorias-, sea indirectamente -con el empeoramiento de sus ya pésimas condiciones de vida⁴⁰.

El debate acerca de la continuidad institucional entre la Antigüedad tardía y el Alto Imperio, que hunde sus raíces en la historiografía decimonónica del romanticismo final⁴¹, necesita un nuevo planteamiento a la luz de este contexto sociopolítico. Un punto de obligada referencia es la obra de Dopsch y Pirenne, medievalistas enfrentados en sus concepciones teóricas, pero coincidentes en minimizar de tal modo la trascendencia de las invasiones bárbaras que el primero retrasa la fecha final del mundo antiguo hasta Carlomagno y el segundo hasta las invasiones árabes. El austríaco Dopsch no minusvaloraba por ello la aportación cultural de los germanos, sino que revalorizaba su identidad nacional frente a la civilización bajoimperial, que aquellos habrían asimilado a la manera que hicieron los romanos con el helenismo: la continuidad fue, pues, absoluta, tanto en las instituciones, como en la cultura y en las formas económicas urbanas (*Keine Kulturzäsur und keine Katastrophe*)⁴². En el mismo sentido, aunque inspirándose en Fustel, el belga Pirenne concluía que fue la llegada de los árabes, la transformación del Mediterráneo en un lago musulmán, lo que puso fin al intercambio de mercancías e ideas, propicia la crisis del reino merovingio y permite a la Iglesia independizarse del emperador bizantino, erigiéndose en la autoridad principal, si no única, de Occidente. Entonces, entre los años 650 y 750, adquiere Europa una nueva fisonomía, definida por el feudalismo y la autoridad eclesiástica, pero con los claroscuros que empiezan a perfilar los estados en formación. Carlomagno, que culmina este proceso, es la gran respuesta occidental a la obra aniquiladora de los fieles de Mahoma⁴³. De este modo, serían precisamente dos medievalistas los primeros en razonar teóricamente la vinculación de la *Spätantike* al mundo clásico grecorromano, idea que luego ha sido mantenida por la generalidad de los historiadores de la Antigüedad.

⁴⁰ JONES A.H.M., *Augusto*, Buenos Aires 1974, 136 ss. MANN M., *Las fuentes del poder social I*, Madrid 1991, 359 ss. Pero la incidencia del "estado de guerra" del siglo III sobre la sociedad civil y las instituciones ha dado lugar a más tópicos en la historiografía de segunda mano que a planteamientos y soluciones teóricas rigurosas, según muestra el reciente estudio de CARRIÉ J.-M., "L'esercito: trasformazioni funzionali ed economie locali", en GIARINA A. (ed.), *Società romana e impero tardoantico I. Istituzioni, Ceti, economie*, Roma-Bari 1986, 449-488.

⁴¹ Por ej. HEGEL C.F. *Geschichte d. Städterverfassung Italiens*, I, Leipzig 1844-1847) creyó encontrar los orígenes de las instituciones medievales en el mundo bárbaro, mientras que Fustel afirmaba por el contrario su procedencia romana FUSTEL DE COULANGES N., *Histoires des Institutions politiques de l'ancienne France*, I, 1875).

⁴² DOPSCH A., *Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea (de César a Carlomagno)*, Madrid 1982 (original alemán, Viena 1923-24).

⁴³ PIRENNE H., *Mahomet et Charlemagne*, París-Bruselas 1937 (Madrid 1978).

2.- Es sin duda en el ámbito superestructural donde las transformaciones del siglo III aparecen de manera más evidente y radical. Pero también ha sido aquí donde se han dado las interpretaciones más divergentes y las controversias más encendidas. Pensemos, como ilustración, en el arte, la literatura y la vida religiosa:

Bianchi Bandinelli mostró que ni siquiera cabía hablar de lenguaje nuevo para el arte tardorromano, aun cuando sean indiscutibles las influencias de origen parto y oriental en las representaciones del emperador, sino más bien de la desintegración de la *koine* artística helenístico-romana⁴⁴. Lo más esencial de la iconografía y del estilo de esta época estaba ya presente en las producciones artísticas de las clases medias provinciales y de la plebe romana. Su elevación a estética dominante reflejaría, pues, el auge de estos sectores sociales, convertidos en el armazón del Imperio frente al declive de los *ordines* tradicionales que, identificados con los cánones figurativos del helenismo, habían elaborado un arte propio de Roma "como centro de poder". Lejos de reflejar una época oscura, el arte "plebeyo" del siglo III inspirará a los autores cristianos que muy pronto se percataron de sus posibilidades pedagógicas para la difusión doctrinal entre las masas de fieles: frente al realismo helenista y la representación del hombre como medida de todas las cosas, el nuevo arte emociona y enseña a los fieles mediante figuras frontales y estilizadas que se asocian según criterios religiosos y perspectivas irracionales. Buscando la expresividad y la espiritualidad, este arte se desinteresa del individuo como tal y reproduce tan sólo lo que en él pueda haber de incorpóreo y trascendente. No hubo, pues, declive alguno de los gustos estéticos, como creyó la historiografía tradicional, ni menos aún degeneración racial (Burckhardt) o ratificación de que cada pueblo tiene su arte (Mommsen). La historiografía reciente nos ha enseñado, por el contrario, que el arte es un lenguaje cuyas claves deben entenderse con criterios históricos y sin los prejuicios classicistas dominantes en Europa al menos desde Winckelmann⁴⁵. El arte plebeyo interesa al historiador como testimonio elocuente del triunfo de la aristocracia rural, aun cuando su ámbito físico sea con frecuencia la ciudad bajoimperial, feudalizante y cristianizada, especie de sucedáneo de los *municipia* romanos, cuyas funciones clásicas nunca dejarán de emular. La nueva estética se impuso de hecho en la topografía urbana, que desde el siglo III se "cristianiza" con no menos intensidad que se cristianizaron las instituciones político-religiosas o la espiritualidad: iglesias, baptisterios, *martyria*, monasterios... reflejan el nuevo rumbo de la vieja locura romana de la piedra, esto es, de un evergetismo que ha perdido su dimensión política y se ha teñido de religiosidad⁴⁶.

No es otra cosa lo que acaece en el ámbito literario, al que debemos prestar

⁴⁴ BIANCHI BANDINELLI R., "Formación y disolución de la 'koine' helenístico-romana", en *Del Helenismo a la Edad Media*, Madrid 1981, 49-71.

⁴⁵ Sobre este aspecto, cf. BIANCHI BANDINELLI R., *op.cit.* 35 ss. IDEM, *Introducción a la arqueología clásica como historia del arte antiguo*, Madrid 1982, 41 ss. GRABAR A., *Las vías de la creación en la iconografía cristiana*, Madrid 1991, 15 ss.

⁴⁶ FEVRIER P.A., "Permanence et heritages de l'Antiquité dans la topographie des villes de l'Occident durant le Haut-Moyen Age". *Sett. Stud. Alt. Medioev.* XXI (1974), 41-138; IDEM, "Images de la ville dans la Chrétienté naissante", XI Cong.int. Arch.Chr. vol II, 1371-92; GARCIA MORENO L.A., "La cristianización de la topografía de las ciudades de la Península Ibérica

consideración dado que el período imperial se ha interpretado principalmente a la luz de las fuentes escritas. Pero rara vez se ha tenido en cuenta que, a diferencia de la mentalidad moderna, los autores antiguos contemplaron el acaecer histórico no en clave de progreso sino de declive y corrupción. Desde Hesíodo, la literatura clásica sólo conoce el ocaso. Mazzarino ha mostrado espléndidamente este rasgo pesimista en historiografía romana desde que Polibio pone en boca de Escipión Emiliano, el día mismo de la destrucción de Cartago, los versos con que Héctor despidió a Andrómaca: "Llegará un día en que la sagrada Ilión haya perecido, y Príamo y el pueblo de Príamo, el óptimo lancero", versos que Escipión pronuncia pensando en Roma, pues presentía que su destino no sería diferente al de Troya, ni al de los asirios, medos, persas o macedonios⁴⁷. El historiador moderno debe además advertir el moralismo y la retórica de los clásicos así como su aristocrático desinterés por la suerte de las clases más humildes. Por esta razón, la historiografía clásica fue incapaz de captar la realidad como conflicto de fuerzas y de elaborar un discurso razonado sobre la evolución económica o de las mentalidades. El interés primordial por los acontecimientos contemporáneos, a los que se daba siempre una preeminencia absoluta sobre cualquier circunstancia del pasado, aumentó este lastre del pensamiento antiguo. Como antítesis a esta limitación del realismo y de la conciencia histórica, los cristianos encontraron en la Biblia un estilo sencillo y un sorprendente protagonismo popular, que se ejemplificaba tanto en los humildes protagonistas de sus libros como en el propio mito de la encarnación de Jesús. La figura más aparentemente insignificante, indecisa y hasta cobarde, como Pedro, podía estar llamada a desempeñar un papel extraordinario. Esta es la fuerza del género hagiográfico y el tremendo impacto social de la literatura apocalíptica. Cuando los autores paganos o cristianos (Dion Casio, Herodiano, Cipriano, Historia Augusta...) hablan de decadencia o de la proximidad del fin, el historiador actual no puede entenderlo en su literalidad formal, sino en el contexto cultural que animaba a unos y otros, imbuidos siempre de concepciones mucho más retóricas o religiosas que estrictamente históricas⁴⁸. Así pues, los cambios literarios confirman la ausencia de rupturas bruscas, la progresiva difusión de formas y temas impropios del estilo sublime tradicional y una orientación más popular de la escritura. Aunque Altheim consideraba el éxito de la novela como una expresión formal de la decadencia cultural y del cataclismo que conmovió al Imperio en aquel tiempo, los testimo-

durante la Antigüedad Tardía", AEARqu, 50-51 (1977-8), 311-21; MANSUELLI G.A. "La città romana nei primi secoli dell'impero", ANRW II, 12,1 (1982), 145-178; IDEM, "Trasformazione cristiana della città antica", VI Cong. naz. di Archeologia cristiana. Pesaro-Ancona 1983, 51-61; TESTINI P., "Spazio cristiano nella tarda antichità e nell'alto medioevo", Ibidem, 31-48.

⁴⁷ Polibio, XXXVIII, 22 (Apiano, Púnica 132); Ilíada IV 164-5 y VI 448-9. MAZZARINO S., El fin del mundo antiguo, 8 ss. MARROU I.-H., *Op.cit.* 127 ss.

⁴⁸ AUERBACH E., *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, México 1975, 9 ss. GABBA E., "Literatura", en CRAWFORD M. (ed.), *Fuentes para el estudio de la Historia Antigua*, Madrid 1986, 13-91. Sobre los autores y obras que proclaman una decadencia general y la inminencia del fin en los siglos IV y V, cf. COURCELLE P., *Histoire littéraire des invasions germaniques*, Paris 1964. Para otros períodos, cf. MACMULLEN R., *Le déclin de Rome et la corruption du pouvoir*, Paris 1991, 15 ss.

nios que él mismo aporta (Petronio, Apuleyo, Longo, Jámblico...) prueban que la «crisis» no se circunscribe al siglo III, que el nuevo género literario coincide con el resurgimiento de culturas nacionales (copto, sirio, persa, árabe, bereber...) y que no hace sino reflejar las reacciones sociales ante una realidad en tantos aspectos novedosa y extraña⁴⁹.

El cambio más significativo es el religioso. Pero también aquí estamos razonablemente convencidos de que la oposición paganismo/cristianismo se percibe mejor en la historiografía moderna que en las fuentes antiguas. Paganos y cristianos, imbuidos todos de la cultura clásica, vivieron las mismas inquietudes espirituales, como puso de relieve Dodds, si bien hoy trasladaríamos al siglo IV las experiencias más sublimes de lo que él llamó "una época de angustia". Las tesis de los grandes maestros de finales del siglo XIX e inicios del XX -el protestante Harnack, el católico Duchesne o el modernista Loisy-, que subrayaban sin pretenderlo la idea de crisis ante la expansión del cristianismo y de las religiones místicas, deben revisarse a la luz de la evolución espiritual sufrida por la piedad tradicional. Pues también ésta, como el arte o la literatura, no refleja tanto un enfrentamiento ideológico cuanto una lenta transformación vivificada por los cambios sociales de la época imperial⁵⁰.

3.- Consideraciones finales

La "crisis del siglo III" es un mito y un tópico historiográfico equívoco, pues lo que realmente entró en crisis fue el sistema augústeo, cuyas contradicciones estallaron en múltiples momentos críticos, revolucionarios a veces, desde la propia dinastía Julio-Claudia. En ocasiones, especialmente durante el reinado de Decio y sus sucesores, el Imperio afrontó ciertamente vicisitudes tan graves (Reinados independientes de las Galias y Oriente, movimientos secesionistas norteafricanos, conquistas persas y germanas...) que su desintegración política estuvo a punto de consumarse. Pero no hubo una crisis centenaria ni universal. Y el Imperio conocerá después momentos y problemas no menos difíciles, sobre todo en Occidente, que provocarán de hecho su desintegración.

Las fuentes literarias sobre la supuesta crisis del siglo III son inconsistentes. En primer lugar, porque no se ha tenido en cuenta los sentimientos aristocráticos y pesimistas que inspiran la literatura clásica ni la razón escatológica y antihistórica que vertebra la exégesis cristiana. En segundo lugar, porque los testimonios disponibles son demasiado imprecisos y escasos para un imperio tan vasto y un tiempo tan dilatado:

⁴⁹ ALTHEIM F. *Visión de la tarde y de la mañana. De la Antigüedad a la Edad Media*. Buenos Aires 1965, 16 ss.

⁵⁰ DODDS, *Paganos y cristianos en una época de angustia. Algunos aspectos de la experiencia religiosa desde Marco Aurelio a Constantino*, Madrid 1975; MACMULLEN R., "What difference did Christianity make?" *Historia* 35 (1986), 322-43; UBIÑA J.F., "Espiritualidad pagana y cristiana en el Mundo Mediterráneo del Bajo Imperio", en MUÑOZ F. (ed.), *Confluencia de culturas en el Mediterráneo*, Granada 1993, pp. 57-78.

1) *Dion Casio* (LXXII, 36,4), afirma efectivamente que el Imperio pasa de una época áurea a otra de hierro y herrumbre con la muerte de Marco Aurelio. Pero esta afirmación es evidentemente retórica y apenas ocupa dos líneas (267,14-268,21) del epítome del libro 72 realizado por Xifilino en el siglo XI. Recuérdese que la obra de Casio consta de 80 libros y que este autor, perteneciente a las élites senatoriales, abordó su trabajo histórico (por inspiración divina) como homenaje a Septimio Severo, emperador que, según él, había inaugurado... una nueva era de esplendor para Roma (LXXIII,23; LXXV,3) y supo igualmente apreciar que el declive tuvo una larga gestación durante el Principado, sin excluir siquiera el reinado de Marco Aurelio⁵¹.

2) *Herodiano*, historiador de la época de Filipo (244-249) y posible liberto imperial, también dice vivir tiempos difíciles: "si alguien pasara revista a todo el período que arranca de Augusto, desde que el régimen romano se transformó en poder personal, no encontraría en los cerca de doscientos años que van hasta los tiempos de Marco Aurelio ni tan continuos relevos en el poder imperial, ni tales cambios de suerte en guerras civiles y exteriores, ni conmociones en los pueblos de las provincias y conquistas de ciudades, tanto en nuestro territorio como en muchos países bárbaros, ni movimientos sísmicos y pestes ni, finalmente, vidas de tiranos y emperadores tan increíbles, que antes eran raras o ni siquiera se recordaban"⁵². La inspiración tucididea de este pasaje (esp. *Tuc.* I,1) ha sido frecuentemente señalada. Quizás esto no cuestione la verosimilitud de su diagnóstico fatalista, pero al menos nos advierte de su interés por los paralelismos más que por el análisis de una precisa realidad histórica. En todo caso, tanto él como Dion no hacen sino reflejar el resentimiento de las clases superiores por la pérdida de sus privilegios en época imperial y ambos creen inconscientemente, como todos sus coetáneos, que los períodos de bienestar dependen de las cualidades morales del emperador. La solución no se contemplaba, pues, como el resultado de una determinada política imperial, sino como la restauración de los valores tradicionales⁵³.

3) Es precisamente esto, la marginación política del Senado ante el poder omnímodo de la monarquía militar, lo que impulsó a los historiadores nostálgicos

⁵¹ MILLAR F., *A Study of Cassius Dio*, Oxford 1964, 8-13 y 138-150; GASCO F., "Buenos y malos emperadores en Casio Dio", en *La imagen de la realeza en la Antigüedad*, Madrid 1988, 115-140. Para su evocación de la República como crítica de la monarquía imperial y el concepto senatorial de "crisis", cf. ESPINOSA U., *Debate Agrippa-Mecenas en Cassius Dio. Una respuesta política a los problemas del Imperio romano en época severiana*, Madrid 1982, 23 ss. y 189 ss.

⁵² HERODIANO, *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio*, I, 4 (Traducción de J.J.Torres, Madrid 1985, p. 86).

⁵³ Como ocurrirá luego con tantos emperadores del siglo III, en Cómodo se cebó la hostilidad del sector nobiliario representado por los historiadores mencionados, cuyos relatos son en su conjunto "una gigantesca ficción montada con las piezas prefabricadas que ofrecía el mito del tirano al uso en la época": ESPINOSA U., "El reinado de Cómodo: subjetividad y objetividad en la antigua historiografía", *Gerión* 2 (1984), 113-148, p. 149.

del siglo IV, en especial los inspirados en la reacción filosenatorial de Juliano o en la posterior de Eugenio ahogada en la batalla del río Frigido (Aurelio Víctor, SHA, Eutropio, Festo... Amiano incluso), a contemplar la anterior centuria como la última ocasión perdida para restaurar el prestigio de su clase política: un ejercicio de propaganda, más que de objetividad histórica, pues se negaba a reconocer la evidencia de que el Principado había muerto con anterioridad, con las reformas severianas del ejército y de las cohortes pretorianas, sin que luego el Senado tuviese ya la menor posibilidad de recuperar el protagonismo perdido, ni bajo los denostados emperadores-soldados ni tampoco bajo los supuestos emperadores prosenatoriales de aquel siglo (Gordiano, Valeriano, Tácito, Probo...)⁵⁴.

4) *Los cristianos* de esta época, sobre todo los grupos minoritarios heréticos o rigoristas, creyeron aun con más convencimiento que el imperio y el mundo terrenal tardarían poco en desaparecer. Pero la literatura apocalíptica se remonta al siglo anterior, proseguirá en los siguientes y, como queda dicho, no persigue analizar objetivamente la realidad, sino buscar en ella los signos escatológicos del final de los tiempos. Paradójicamente, pretendían así responder a los paganos que atribuían las calamidades de la época a la impiedad cristiana, aunque de este modo no hacían sino dar la razón a sus acusadores⁵⁵. Este es el caso de Cipriano, cuyos escritos se han citado reiteradamente para probar la "crisis del siglo III". Su tratado *Ad Demetrianum*, de mediados de este siglo, hace en efecto una descripción patética del momento, pero su intención prioritaria es exculpar a los cristianos de las calumnias formuladas en su contra por los coetáneos: "nos achacan que estallan muchas guerras, que causan estragos la peste y el hambre, que prolongadas sequías nos dejan sin lluvia... A este propósito tú, que ignoras el plan divino y la verdad, debes saber en primer lugar que el mundo ha entrado ya en su senectud, que no se mantiene con aquellas fuerzas que tenía antes ni con aquel vigor y firmeza con que había florecido anteriormente... En los campos disminuyen los labradores, en los mares los marinos, en los campamentos los soldados... sábetes que está vaticinado que aumentarían estos males en los últimos tiempos, que se multiplicarán las adversidades y, al acercarse el día del juicio, se encenderán más y

⁵⁴ Es ilustrativa a este respecto la tendenciosidad de la tradición histórica sobre Galieno, al que se retrató como un monstruo impío, responsable de todo tipo de males, incluso de las calamidades naturales, pero no de sus victorias: Cf. HOMO L., "L'empereur Gallien et la crise de l'Empire romain au III^e siècle", RH 113 (1913), 1-22 y 225-267, y en general POLVERINI L., "Storiografia e propaganda. La crisi del III secolo nella storiografia del IV", en I canali della propaganda nel mondo antico, a cura di M. Sordi, Milán 1976, 252-270, que analiza los textos más significativos.

⁵⁵ Cf. Arnobio, *Adv. nat.* II, 45-46; Orígenes, *Comm. in Matth.* 36 y C. Celsum, 7,72 ss. Sobre las profecías que anuncian el fin de Roma y del mundo, cf. fuentes y bibliografía en MAZZA M., *Op.cit.*, 511, n. 14, que también las cita como testimonios de la crisis. Pero en los datos que él aporta puede constatar que estas profecías van del siglo II al IV y, por tanto, difícilmente pueden considerarse testimonios de la crisis del siglo III. Sobre los oráculos de este género pertenecientes al siglo IV, que se supone de relativa recuperación, cf. CHADWICK H., "Oracles of the End in the Conflict of Paganism and Christianity in the Fourth Century", *Mémorial A-J. FESTUGIERE. Antiquité païenne et chrétienne*, Ginebra 1984, 125-129.

más la ira de Dios enojado para enviar castigos al género humano"⁵⁶. Cipriano retoma, pues, temas clásicos de decadencia biológica y social para ilustrar las creencias apocalípticas del cristianismo. Por eso la decadencia es un hecho del que sólo cabe dar fe, no analizarlo ni explicarlo racionalmente como haría un historiador moderno. Si en él no hay asomo de alegría por esta constatación, ello se explica solamente por su patriotismo y su cultura clásica, que en modo alguno quiere ver desaparecer. Otros cristianos de ésta y de otras épocas no ocultarán, en cambio, su contento por el anunciado fin del mundo y de Roma, por la instauración del reino de los justos donde los últimos serán los primeros, como vemos en Tertuliano cuando vociferaba *adversus institutiones maiorum, auctoritates receptorum, leges dominantium, argumentationes prudentium, adversus vetustatem, consuetudinem*⁵⁷.

En ausencia de una teoría de la evolución histórica y de la idea de progreso como transformación del presente, la literatura antigua sólo tiene vocablos negativos para designar los cambios sociales. Los hombres del siglo III tuvieron indudablemente conciencia de algunos aspectos o momentos especialmente críticos, pero quizás no tanto de la transformación profunda de las estructuras sociales y de las mentalidades⁵⁸. En cualquier caso, paganos y cristianos, defensores y detractores de la sociedad clásica, compartieron sentimientos comunes a este respecto. Y no sólo en su valoración pesimista y negativa. Ambas concepciones del mundo y de la historia coincidieron también en la sublimación optimista de la realidad, haciendo de ella el preludio de una edad dorada. El contrapunto pagano al reino mesiánico de Cristo podemos encontrarlo en los ideales políticos del emperador Probo. La *Historia Augusta* pone en su boca palabras esperanzadoras sobre un futuro idílico donde ni siquiera los ejércitos imperiales tendrán razón de ser: "ya no se fabricarán armas en ninguna parte del mundo. No serán necesarios los aprovisionamientos militares; los bueyes arrastrarán el arado y los caballos vivirán únicamente para labores pacíficas. No habrá guerras ni existirán cautivos. En todos los lugares reinará la paz, los jueces y las leyes de Roma" (*Vita Probi*, XX. Trad. de B. García). Al igual que en el tratado *Ad Demetrianum*, la enfermedad ha sido también aquí fríamente diagnosticada: el ejército es la sanguijuela del imperio. Pero a falta de una escatología religiosa pagana, el cronista debe recurrir a la escatología política que contempla el proceso histórico como una jerarquía de metales: los tiempos actuales

⁵⁶ Cipriano, *Ad Demetrianum* 2-5 (Traducción de J. Campos, Madrid 1964, pp. 274-277). Cf. ALFÖLDY G., "Der heilige Cyprian und die Krise des römischen Reiches", *Historia* 22 (1973), 479-501.

⁵⁷ Tertuliano, *Ad Nat.* II, 1, 7. Cf. FREDOUILLE J.-C., *Tertullien et la conversion de la culture antique*, Paris 1972, 74 ss., 235; otras referencias y bibliografía en MAZZA M., *Op. cit.*, 512, n. 16 y MAZZARINO S., "La democratizzazione della cultura nel 'Basso Impero'", en *Antico, tardoantico ed era costantiniana*, 74-98; *IDEM*, *El fin del mundo antiguo*, 6 ss.

⁵⁸ G. ALFÖLDI G. "The Crisis of the Third Century as Seen by Contemporaries", *GRBS* 15, 1974, 89-111, cree, sin embargo, que la conciencia de crisis (*Krisenbewusstsein*) fue tan profunda que muchos coetáneos también se percataron de las diversas mutaciones que entonces sufría el Imperio, aun cuando el pesimismo no estuvo tan generalizado como cabría esperar (esp. pp. 103 y 107).

de hierro darán pronto paso al *aurum seculum*, feliz y pacífico, que devolverá a Roma el dominio del mundo⁵⁹.

La transformación imperial de los siglos II-IV (y sus continuación en la llamada Antigüedad Tardía) puede contemplarse en su globalidad, en la "larga duración", mediante el análisis de la evolución ideológica (artística, literaria y religiosa especialmente), institucional (Corte, ejército y magistraturas ciudadanas) y socioeconómica (autarquía regional, depreciación monetaria, declive comercial, colonato y relaciones de patrocinio), pero ni siquiera en esta perspectiva cabe privilegiar al siglo III. El sistema augústeo afrontó entonces numerosos problemas o "crisis" de alcance local o temporal, que apenas pueden precisarse a grandes rasgos con la ayuda de la arqueología, la numismática y la epigrafía⁶⁰. Sirva de ejemplo el reciente informe arqueológico sobre las ciudades hispanas durante los siglos II-IV d.de C. elaborado por P. Sillières, donde se afirma que sólo hay datos fiables de tres ciudades y que de ninguna pueden ofrecerse estratigrafías precisas⁶¹. En otras palabras, la documentación no literaria constata hechos imprecisos (en sus motivaciones concretas y en su cronología) que podrían avalar el proceso global de la "crisis": amurallamientos, deterioro de la vida urbana, declive del evergetismo y de la actividad política tradicional... Pero deja sin respuesta las interrogantes sobre sus causas históricas, sus etapas, sus soluciones. Además,

⁵⁹ En este contexto ideológico debería quizás entenderse el papiro egipcio (Fay, 20) que alude al edicto de Severo Alejandro dispensando a sus súbditos del *aurum coronarium*. Consciente de la situación de "decadencia" (*klinon*), el emperador propone como solución la restricción en los gastos y el fortalecimiento de las virtudes morales, de la *sophrosyne* y de la *philanthropia* imperial (Cf. PREAUX Cl., "Sur le déclin de l'Empire au IIIe siècle de notre ère. A propos de P. Fayum 20", CE, 1941, 123 ss. Pero Seston cree que podría tratarse de una falsificación de época de Juliano el Apóstata para apoyar su política fiscal: REA, 1942, 224-233). Otro tanto cabe decir del discurso anónimo *Eis Basileia* (dirigido a un emperador innominado, se discute si éste sería Antonino Pío, Macrino, Filippo el Arabe, Decio o Galieno), que retoma los ideales de la paideia griega y ensalza las mismas virtudes imperiales: humanismo, amor a la paz, moderación y prudencia (cf. MAZZA M., *op.cit.*, 513-514, n. 24; MAZZARINO, *L'impero romano*, 626-627, 813 y JONES C.P., "Aelius Aristides, *Eis Basileia*". JRS, 62, 1972, 134-152).

⁶⁰ MILLETT M., "Whose crisis? The archaeology of the third century: a warning", en KING A. y HENIG M., (eds), *The Roman West in the Third Century. Contributions from Archaeology and History*, Oxford 1981, 525-529. Por eso G.BRAVO define correctamente este período como "el siglo de las crisis": *Poder político y desarrollo social en la Roma antigua*, Madrid 1989, 208.

⁶¹ Se trata de Ampurias (cuyo forum se abandona a partir del siglo II), *Munigua* (varios edificios importantes están en ruinas desde finales del siglo II y durante todo el siglo III) y Belo (su macellum sufre una lenta ruina en las mismas fechas y la basílica se abandona con los Severos). Sin embargo la crisis no afectó por igual a las tres: *Munigua* parece despoblarse en la segunda mitad de la tercera centuria, pero *Belo*, a tenor de los datos numismáticos y de las cerámicas, mantuvo su actividad económica. Ampurias sería abandonada a fines del siglo III y sus habitantes se reagruparon en la vecina Sant Martí. En todos los casos parece obvio que la población se habituó de algún modo a vivir entre las ruinas de sus edificios públicos y que el paisaje urbano del siglo IV se renovó profundamente: construcción de casas en el forum de *Belo*, utilización de las ruinas de *Munigua* como cementerio y construcción de murallas, desaparición de espacios y edificios públicos (forum, basílicas...), etc. SILLIERES P., "Vivait-on dans des ruines au IIIe siècle ap. J.-C.? Approche du paysage urbain de l'Hispanie d'après quelques grandes fouilles récentes", en *Ciudad y comunidad cívica en Hispania (siglos II y III d.C.)*, Madrid 1993, 147-51 (con bibliografía específica).

otros datos arqueológicos cuestionan la realidad misma de un período crítico o bien confirman su carácter limitado. Lo que hoy se necesita precisar, también arqueológicamente es, pues, la cronología, el sentido y el alcance de las transformaciones urbanas, la nueva función de los municipios y su relación socioeconómica con el desarrollo rural⁶².

El espíritu clasicista de la tradición historiográfica ha marcado con signo negativo y ha magnimizado los factores supuestamente responsables de la caída de Roma (cristianismo, invasiones, despotismo imperial, barbarización militar...), dejando en el olvido circunstancias y procesos históricos de singular relieve. Todo ello está siendo reconsiderado actualmente. Mazzarino, por ejemplo, cree con razón haber demostrado que la revolución social desencadenada por la reforma monetaria de Constantino tuvo un alcance similar al de su revolución religiosa, y recuerda otros aspectos ya señalados de la investigación más reciente. La historiografía del mundo romano vuelve, sin embargo, al punto de partida humanista e ilustrado: el Bajo imperio es la clave para entender la cultura romana que vivificará Europa como "il III secolo è il metro della storia imperiale". En este sentido, el triunfo de Burckhardt sobre Mommsen ha sido total⁶³. Pues hoy estamos razonablemente convencidos de que el Principado contenía en sus contradicciones las formas supuestamente "decadentes" del mundo antiguo, que el imperio romano sólo es comprensible como preparación del imperio cristiano, es decir, del Bajo Imperio. Una vez más, en Historia es la anatomía del hombre quien da las claves para entender la anatomía del mono, y no al revés.

⁶² Las diversas contribuciones arqueológicas a la obra antes citada de KING A. y HENIG M. (*The Roman West in the Third Century*) prueban que el siglo III fue un período de desarrollo muy desigual en las diversas regiones del Imperio occidental: según el estudio de CARANDINI A. y PANELLA C. (*The trading connections of Rome and Central Italy in the late second and third century: the evidence of the Terme del Nuotatore excavations, Ostia*), pp. 487-503) el declive comercial de Italia debe retrotraerse a principios del siglo II. El reciente estudio de G. BRAVO concluye igualmente que tampoco en Hispania puede hablarse de "crisis" económica y social sino todo lo contrario (*La otra cara de la crisis: el cambio social*, en *Ciudad y comunidad élvica en Hispania*, 153-160, esp. 157). En esta misma línea se pronuncia ARCE J., *La ciudad en la España tardorromana: ¿continuidad o discontinuidad?*, en *Ibid.* 177-184 y LEPELLEY C., *Universalité et permanence du modèle de la cité dans le monde romain*, *Ibid.* 13-23 (con bibliografía sobre la permanencia de la vida urbana en Occidente y Asia Menor).

⁶³ MAZZARINO S., *L'Impero romano*, vol. III, p. 813; *IDEM*, *Storia romana e storiografia moderna*, 59-63; *IDEM*, *Burckhardt, il 'Tardo antico' e una lezione di Mommsen su Traiano*, en *Antico, tardoantico ed era costantiniana*, 11-31.